

MARTA SAADE GRANADOS, *El mestizo no es de color. Ciencia y política pública en México (1920-1940)*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2024, 470 pp. ISBN 978-958-751-284-9

El estudio de la historia mexicana pre y posrevolucionaria es sin duda una de las más vastas de América Latina. Diferentes investigadores e investigadoras nacionales y extranjeros han contribuido a la narración de una historia compleja que tiene como particularidad el advenimiento de una revolución sociopolítica que, en apariencia, distingue un antiguo régimen, conservador y autoritario de corte positivista, de una nueva nación dispuesta a entrar a la modernidad y con ansias de integrar así el concierto de naciones. Sin embargo, un cambio de régimen, aun si este proceso, no exento de contradicciones, estuvo marcado por una larga lucha revolucionaria, no significa una ruptura total con las ideas y herramientas políticas que buscaban construir el proyecto nacional. Es justamente este proceso de continuidades y rupturas en la estructuración del Estado y de la identidad nacional, imaginado y deseado por las élites políticas posrevolucionarias, lo que Marta Saade Granados busca resaltar en su obra *El mestizo no es de color. Ciencia y política pública en México (1920-1940)*.

Parte del título sugerente de la obra, *el mestizo no es de color*, que la autora encuentra insinuada durante su trabajo de exploración de los Archivos Históricos del Instituto Nacional de Migración de México, revela las paradojas de los discursos políticos y científicos y los dispositivos de intervención social que el Estado implementará en su búsqueda del “tipo ideal mexicano”, el “mestizo”. El mestizaje se convierte entonces en el ejemplo claro del poder político posrevolucionario y de los saberes científicos emergentes para llevar a cabo la empresa modernizante de la nación durante las décadas de 1920 y 1930. Esto quiere decir que el objetivo modernizante reposaba sobre la calidad psíquico-biológica y cultural del individuo, razón por la cual la intervención de éste se hizo fundamental.

Si bien Saade Granados centra su análisis en estas dos décadas del siglo xx, pues fue durante este periodo que se buscó “recomponer un Estado fuerte e intervencionista y garantizar una política homogénea de gobierno sobre la población, como correlato del creciente nacionalismo” (p. 20), la autora reconstituye las bases ideológicas del mestizaje que se fraguaron durante el siglo xix. ¿Cómo explicar las acciones, las políticas públicas de intervención social de la primera mitad del siglo xx, sin comprender el caldo de ideas del siglo precedente? Bajo esta premisa, Saade Granados propone una obra que se desarrolla en dos partes: la primera dedicada precisamente a la construcción ideológica decimonónica que sentó las bases del mestizaje; y la segunda, las políticas públicas implementadas en el siglo xx que, de la mano de la medicina y la antropología, buscaron materializar al mestizo ideal a través de un programa de rediseño poblacional (p. 31).

En el proceso histórico y científico de la definición del mestizo como sujeto medio de la nación, se produjeron dos instrumentos: el indigenismo y la eugenesia. Estos dos movimientos, el primero de carácter nacional y el cual da esa especificidad a México por ser el único país latinoamericano donde el indigenismo se convirtió en política de Estado en el periodo de 1920-1940, y el segundo, movimiento internacional, captado por el Estado mexicano y adaptado a la realidad nacional, hacen de hilo conductor de la obra. Este hilo conductor no es meramente cronológico; Saade Granados muestra de manera hábil cómo el indigenismo y la eugenesia se entrelazaron en las décadas de 1920 y 1930, dando como resultado una compleja relación entre política, saberes científicos y sociedad. Esta complejidad revela los imaginarios políticos, presupuestos raciales y culturales e interpretaciones de las realidades nacionales que se entretajeron para generar dispositivos de regulación social.

El análisis de estos procesos de regulación, atravesados por discursos y prácticas a la luz de diferentes regímenes políticos nacionales que conoció México, más una dimensión internacional, que no puede desconocerse pues ésta contribuyó a la definición del mestizo nacional, es uno de los aspectos más sólidos del trabajo realizado por la antropóloga colombiana. Los primeros capítulos del libro describen el proceso de objetivación del indígena. Como bien queda demostrado, la politización de la “cuestión indígena” no es una prerrogativa de los

gobiernos posrevolucionarios; es una lectura e instrumentalización diferentes del indio y el papel que le es atribuido en el proyecto de construcción de la nación.

Marta Saade Granados muestra así cómo, desde el régimen liberal de la primera mitad del siglo XIX, pasando por el porfiriato, hasta llegar a las décadas de la posrevolución, se buscó “incorporar” al indio en el proyecto civilizatorio de la nación. El objetivo era, tal como lo fue en la mayoría de los países latinoamericanos, eliminar toda forma de heterogeneidad social y racial que impedía, según los discursos de la época, el avance hacia la civilización. Sin embargo, como bien lo resalta la autora en el capítulo dos, la instrumentalización del indio para crear al sujeto mestizo como solución a los problemas de la diferencia y la desigualdad, pasó de un programa de mestizaje racial en el siglo XIX a uno cultural en el XX (p. 88). Este desplazamiento, de la mano de expertos como Manuel Gamio y Othón de Mendizábal, determinó la transformación del indio a través de estrategias económicas y culturales.

Esto no quiere decir que las estrategias raciales desaparecieran en la definición de una política indigenista para la producción del sujeto “mestizo”. Saade Granados destaca precisamente que el desplazamiento del mestizaje racial al cultural se concretizó en el marco de una permanente tensión que delineó el campo de la antropología, esto es, definir si los problemas de la nación estaban determinados por el carácter biológico y hereditario o por el componente étnico-cultural de su población.

La eugenesia, que contribuye a la tensión que acabamos de mencionar, entra en escena en el capítulo tres de la obra. Saade Granados desvela cómo este movimiento científico y sociopolítico fue instrumentalizado para resolver, según sus palabras, la preocupación por la constitución racial nacional, expresada en tres problemas: la etnología, la herencia y la inmigración (p. 158). Su integración en el proyecto nacional pone en evidencia igualmente la dimensión transnacional que tomó el proyecto mestizofílico mexicano. La eugenesia afianzó la participación del país en las redes científicas internacionales, dando legitimidad a los discursos y prácticas nacionales de mestización.

En la segunda parte, Marta Saade Granados analiza la aplicación de los discursos sobre el mestizaje, la consolidación del indigenismo como cuestión de Estado y la aparición de una mestizofilia

postrevolucionaria. Para ello, se focaliza en tres políticas públicas: el control de la sexualidad de los individuos, la reeducación del menor infractor y la selección del “buen” migrante. Estas políticas dan cuenta de la intervención de los saberes científicos que, a su vez, buscaban consolidar la autoridad del Estado y lograr el ideal de un nacionalismo homogéneo.

En este nuevo paisaje de intervención, entran nuevos actores y variables. En el ámbito de la sexualidad, como centro de intervención eugenésica, se buscó resolver los problemas sociobiológicos de la “raza” a través de dispositivos como la higiene y la educación. El indigenismo cobra de nuevo su importancia. Igualmente, surge la figura de la mujer como “madre de la patria”. En ella recae la responsabilidad biológica y reproductiva de producir al hombre del mañana. “El vientre de la raza” alcanza entonces un papel secundario en la ambición estatal de producir la descendencia que va a garantizar el progreso de la nación. En su urgencia por regular la sexualidad y la fecundación, surge la tensión que marcó la primera mitad del siglo xx: ¿hasta qué punto tiene autoridad el Estado de intervenir en los asuntos íntimos de los individuos, sobre todo en un periodo en el que el Estado postrevolucionario buscaba reestructurarse e institucionalizarse? Ésta es una de las preguntas a las que Saade Granados trata de dar respuesta en su análisis de la misión de “regeneración racial” llevada a cabo por el Estado junto con expertos de los saberes médicos y pedagógicos.

Si la familia, en especial la mujer, era la responsable de garantizar la protección del infante, fue el Estado el garante de controlar al “sujeto peligroso”. En nombre de la defensa social, se llevaron a cabo campañas contra los peligros sociales en las cuales el niño se convirtió en el sujeto privilegiado de intervención. Se recurrió entonces a las ciencias médicas y criminales que en ese entonces se centraron no en el acto criminal sino en el sujeto criminal (p. 270). Se aisló y condenó aquel “anormal” que estuviera por fuera de la media poblacional, amenazando la estabilidad social; fue medido, clasificado y reeducado para que fuera útil a la sociedad. En este proceso, la criminalidad fue racializada e “indigenizada” (p. 307) como pretexto de regulación del indígena mexicano.

El último actor será el inmigrante. Marta Saade Granados destaca los momentos de la política migratoria mexicana en los que se perciben

las necesidades de controlar la entrada de inmigrantes como parte del proyecto nacional mestizofílico. El discurso postrevolucionario según el cual el verdadero mexicano es producto de la mezcla entre indio y “blanco” (pero atención, los dos afluentes no tienen la misma calidad a ojos de las élites políticas y científicas, como lo demuestra Pablo Yankelevich) condujo a la implementación de normas migratorias restrictivas en las que lo “no blanco” no podía ser incluido en el proyecto nacional. En este marco ideológico, la autora resalta “el problema negro”, así como los debates en torno a la ciudadanía y la nacionalidad.

La obra, que termina con una conclusión en la que la autora reflexiona sobre los elementos de construcción del mestizaje analizados en los seis capítulos, pasa revista a todos los procesos ideológicos, estatales y científicos que marcaron la historia mexicana del siglo xix y principios del xx y en la que se resaltan los aspectos más significativos que dieron forma a la construcción del mestizo mexicano. No es una historia lineal, ni tampoco un análisis binario; todo lo contrario, el trabajo de Marta Saade Granados es una historia de construcción de la identidad nacional que, para poder comprenderse, es necesario analizar en todos sus matices. La autora analiza, con el respaldo de un sólido corpus, una excelente base teórica y una metodología rigurosa, todos estos entramados tan complejos de un capítulo de la historia mexicana. Este libro es un gran aporte a las discusiones e investigaciones que se están generando en torno a las políticas de memoria y la reparación del pasado indígena actuales.

Iván Olaya Peláez
Université de Lille